

Otaño el caricaturista

Elite, 1.470. zk., 1953-12-05.

El destino de Otaño era éste: sentarse a la vera del camino, sin molestar a nadie, y dejar constancia de rasgos humanos que pasan corriendo en busca de nada, o transitan en la vida con sus pequeños descansos junto a él.

Podía haber sido otro.

Estuvo a punto de equivocarse como otros muchos. O se equivocó del todo al empezar (o lo equivocaron), como muchísimos. Pero enderezó su vela a tiempo (siempre es tiempo), cortó jarcias que le dolieron mucho y aún le siguen doliendo, y fijó su rumbo. A esto se atreven muy pocos.

Pero además de esta alternativa sujeta al libre albedrío del artista, hay otra anterior de destino de simple geografía. Si en lugar de nacer en Bilbao, nace en la Habana, donde su padre era médico, Juez y tenía algunas haciendas abandonadas, Otaño, el caricaturista, hubiera sido pelotero, o rumbero o un "relajo" cualquiera. Pero Jesuita no, como estuvo a punto de ser.

Pero de cualquier manera le hubieran brillado sus dos ojitos maliciosos de vasco socarrón como dos teas siempre despiertas y hubieran seguido viendo las cosas como son: grotesco-serias, siempre humanas y tan mutables como el estado de ánimo; pero nunca como las ve todo el mundo.

Porque no todo quisque en este mundo tiene genio.

* * *

Los Otaño, oriundos vascos por los dieciséis costados unamunianos, son todos unos artistas y unos bohemios con fondo de santidad atea que han recorrido el mundo como si fuera suyo y han dejado huellas de gestos humanos admirables, parecidos a éstos que recoge ahora Celedonio (el nombre es feo, pero se me escapó) en esta colección de 100 que algún día contarán en la historia del arte en Venezuela.

Y contarán también en la política, el comercio, la industria: porque un poco de todo esto y poco más integra la vida de primer plano de nuestros días, y Otaño recoge lo que ve. Apenas habrá un santo o un benefactor de esos que se ganan un aura de Cielo en la tierra porque, sea o no verdad que hasta éstos van hoy al infierno, Otaño apenas pasa de dar, aún con su imaginación, más noticia que la que hay. No inventa nada.

Los Otaño han sido todos médicos; pero apenas han ejercido el oficio. En gesto barojiano de honradez integral dejaron esa ocasión de pecar para otros más presuntuosos, y se metieron a músicos, que es muy bueno, o a jesuitas, que es como es, pero creían que era mejor.

El bisabuelo de CO fué médico de la Corte Real en Madrid y ayudó a traer a este mundo a quien figuró después en la historia, como Alfonso XII. Su abuelo fué Jefe del

hospital de sangre de Loyola durante la segunda guerra carlista y se exiló en Francia, donde fué a parar el padre de CO, don Hilario, y donde fueron a parar todos sus tíos excepto el hoy tan conocido musicólogo, jesuita Pedro Otaño, quien quedó de unos pocos meses en Escoriaza. El padre de CO, don Hilario, también se graduó de médico, y se fué a Cuba, donde practicó la medicina, fué juez de paz, hacendado sin muchos empeños de hacerse rico y soldado durante la guerra de independencia cubana. Celebrándola desde el fondo de su corazón liberal y regresó a su país a casarse y volver a las libertadas tierras de Martí. Pero se quedó, con ese dejarse hacer de buena índole de los Otaño, y perdió sin un solo lamento, sin siquiera un solo recuerdo, sus haciendas cubanas por abandono. Hoy serán asiento de urbanizaciones que valen millones.

* * *

CO nació en Bilbao en marzo del 12 como hubiera podido nacer en la Habana, donde pensaba regresar su padre o en Vitoria, donde fueron a vivir después. Otaño es bilbaino *por casualidad*. Y apenas de unos días, pasó a Vitoria. El clima húmedo y frío de la ría del Nervión perjudicaba a la salud de doña Juana, su madre, y la familia Otaño movió sus bártulos para la capital del obispado vasco.

Ya en Vitoria, don Hilario, gran trotamundos y bohemio en el sentido más noble de la palabra, médico, indiano con haciendas, cargando un familión, se metió a fundar una fábrica de armonios y órganos. Lo hizo solo sin contar con nadie de la familia. Con un sentido desarrollado de artista nato, sus empresas comerciales tuvieron ese tremendo sello de fracaso económico de los que ven las cosas y las personas con transparencias de almas, pero no son capaces de valorar un fuerte. La casa "Otaño y Cía" alcanzó justa fama de fabricar armonios y órganos de extraordinaria calidad; pero acabó construyéndolas con tiras vivas de su propio pellejo. Y vino la quiebra. Con esa inconsciencia de artista arrastró, como Tolstoi, a su familia a la gran aventura. Hombre de índole magnífica, generoso, fué por varios años alcalde de Vitoria, la capital de Alava, donde dejó obras perdurables y recuerdo perenne de gratitud.

* * *

Vitoria, la ciudad eclesiástica, sede del obispado vasco hasta los recientes obispos provinciales españolistas de cuño político-franquista, influyó en la vida de CO. El ambiente y la tradición familiar ahogaron sus inclinaciones artísticas y le abrieron el camino fácil para aspirar a una canonjía.

A su madre, doña Juana, costó mucho trabajo disuadir a su hijo de dibujar monigotes y de su afición a pintar. Como a cada paso topaba uno entonces con el diablo, ella se escandalizaba pensando en las modelos desnudas que acompañaban siempre a los artistas.

Por aquel entonces CO recibía la voz de aliento de un tío suyo, entusiasmado por las disposiciones de su sobrino. Pero a Celedonio le humillaba recibir instrucciones de copiar un muñeco y volver a copiar otro muñeco, según método pedagógico de la época. El solía preferir usar modelos naturales para recrearse creando. Era ya la comezón

bohemia de aventurar situaciones que ha de agujonearle siempre desde entonces; ese signo de rebeldía que se ha manifestado en este artista desde que era niño. Le aplaudía y le ayudaba en aquella tranquila época del año 23, un gran pintor vitoriano: Díaz Olano. También le urgía la tradición familiar de la música, y a CO le metieron entre pecho y espalda tres años astillados de piano entre clase de catecismo y clase de Historia Sagrada en el Colegio "Sagrado Corazón de Jesús", primero en la Plaza de la Provincia y luego en La Senda.

Después ingresó en el Colegio de Jesuitas de Javier. Duró poco más de un año. Le botaron por rebelde. Allí no se aguanta ninguna rebeldía ni de 12 años. Del Colegio de Javier pasó a otro colegio jesuita de Durango, y allí entre pellizcos y pescozones, le sujetaron durante cinco años. Después a Loyola. No dejó la rígida orden ignaciana de Azpeitia hasta los 21.

Es curioso que esta educación haya hecho mella tan escasa en el espíritu liberal, extraordinariamente tolerante y abierto de este artista que a pesar de todo se puso a pintar, a vivir en obra perenne de creación, la antítesis del destino que le tenían preparado: vivir sometido a un molde rígido de vida doblada de obediencia. Quizá la nobleza y la tolerancia se aprenden a apreciar y a practicar cuando se vive su negación con sentido crítico y con anhelos de artista. Aún se mantienen vivos en el rescoldo caliente de esos dos puntos brillantes de malicia presentes en los ojos de CO.

* * *

La caricatura no es, aunque lo diga Larousse *la reproducción grotesca de una persona*. Puede ser, claro está, grotesca: ridícula, extravagante. Pero, puede, además, ser tierna, delicada, seria, terriblemente seria. Tan seria como la empresa de meterse a definir.

CO es caricaturista, de los pocos caricaturistas de verdadero genio. Empezó a pintar con Salaberría, el magnífico pintor amigo de la familia a quien frecuentó Otaño hasta los últimos momentos de su vida, ciego de tanto esfuerzo por captar los colores de las sombras, no luces, de la tierra vasca y sus gentes. Y pinta. Ha cultivado el paisaje y el retrato. Ha hecho exposiciones, ha vendido algunos cuadros y ha pasado hambre; condición previa para ser pintor, aunque tampoco todos los hambrientos son pintores.

Ha pintado y ha vuelto a pintar, casi ciego de luz, en Venezuela. llegó por primera vez hace 20 años, cuando apenas contaba 21. Regresó a casarse y volver; y le ocurrió lo que a su padre cuando se fué a buscar esposa desde Cuba. ¡Son curiosas estas coincidencias en experiencias vitales! Se quedó así como se quedó su padre. Pero no dejó aquí ninguna hacienda. Si no, la hubiera perdido, como él. Regresó hace unos años y ha vuelto a pintar. Tiene la habitación llena de desorden y de cuadros. Pero no ha expuesto, por no exponerse a desaires de mercader.

Ahora lo que hace es caricatura. Y eso ¿qué es?

– Es una manifestación artística –me dice Otaño– que necesita de un conocimiento casi exhaustivo del dibujo y una sensibilidad aguzada para captar el carácter.

Pero no tiene intenciones de definidor.

* * *

Para Otaño, a quien veo trabajar casi diariamente desde hace varios años hacer una caricatura resulta tan fácil como a uno que ha estudiado bien piano le es fácil tocar una pieza que conoce. Ha solido traer en la memoria hasta seis caricaturas de una reunión en la que no había podido ponerse a trabajar.

CO me decía que el caricaturista está cerca del retratista, pero que mientras que el caricaturista puede en cualquier momento hacer retrato, el retratista no es capaz de hacer una caricatura. El caricaturista es algo más que el retratista: tiene que dominar el dibujo como él; pero además tiene que captar la síntesis y dar en rasgos breves algo que hace al sujeto distinto a todos los demás, aunque se trate de dos hermanos mellizos que tengan exactamente los mismos rasgos.

Se ha tenido por mucho tiempo, y aún hoy se tiene, el concepto simple de que para hacer caricatura basta exagerar con algún éxito el rasgo físico más diferencial del sujeto. Este es un recurso, desde luego. Pero suponer que la caricatura de un narigón puede conseguirse con facilidad dibujando con habilidad una nariz grande, es un error. Otaño ha conseguido caricaturas magníficas, inconfundibles, de sujetos con una nariz grande, "dándoles" una nariz chiquitita con relación a los demás rasgos de su cara; y, si lo ve, Ud. no se da cuenta que le ha quitado la nariz.

Ese poder de escamoteo tampoco es sistemático. Precisamente si el dibujo separa algo realmente dimensional del arte de la caricatura es esta ausencia de recursos clasificados, de módulos, de sistema, de mecánica, que resulta casi absolutamente necesario en el dibujo, y en la especialización del cartonista, por ejemplo. Usted le quita la nariz a un retrato y esa nariz le sangra, tiene que volver a ponérsela. hay, en cambio, como en algunas caricaturas de Kit que he visto, en que hay unas gafas y un cuarto de curva de nariz, nada más, y el individuo "está hablando" su lenguaje, exactamente el suyo.

Insistiendo sobre la diferencia del cartonista o dibujante de chistes, del caricaturista: Don Fulgencio, por no citar más que uno de los muñecos de tiras cómicas que tiene más éxito, es una creación genial; pero en cada dibujo se repiten la misma nariz, la misma boca, más o menos risueña; y repetidos 100 a 200 veces, los gestos son siempre los mismos, porque se trata de una labor mecánica. En cambio nunca podrán conseguirse dos caricaturas iguales, como no existen absolutamente iguales dos caras, por mucho que se parezcan. El caricaturista realiza labor de creación, y la creación subjetiva, sin patrones, es siempre nueva, y distinto, sin modelo, sin normas, sin compás, ni regla, sin pantógrafo; libre, como el espíritu rabiosamente libre del creador.

La expresividad de la caricatura alcanza tal grado de elocuencia a través de la línea sensible que traza el artista, que hasta las diferencias de grosor y sinuosidad que va adquiriendo la línea libre que delimita un contorno viven intensamente en la figura. Por eso, para escapar de todo lo que tienda a la regularidad y a la uniformidad que contribuye a crear el molde que va dando impresiones similares a dos sujetos de caricatura distintos, Otaño no trabaja nunca con plumilla dura o cualquier punta de herramienta que amortigüe el impulso, la vibración o el pulso de su sensibilidad. Para que la creación vaya a plasmarse en imagen lo más próxima a su imaginación mental, trabaja con pincel, que recoge y transmite instantáneamente con flexibilidad, la menor

intención de presión o de vibración de la mano del artista; cual un pantógrafo anímico, pudiera decirse.

Y ahora que hemos llegado hasta el origen mismo de la creación artística, a la imaginación mental, ¿cuál es el proceso de creación del caricaturista?

Otaño tiene una enorme preocupación por la génesis de su obra. El, que también pinta cuadros, dibuja muñecos, quiere que se diferencie desde el principio, desde su mismo origen, esta labor con la caricatura.

– Para crear la caricatura –dice Otaño mientras pinta una boca, un estómago y para el lápiz, sonriente, sin dejarse arrastrar por el mal gusto de ir más lejos– hay que tomarlo, digerirlo y darlo.

En un proceso de ver al sujeto, no con los ojos, sino a través de ellos, recogidos por una especie de proceso selectivo de la sensibilidad artística, y después darlo lo más fielmente posible a la imagen de caricatura conseguida. Hace falta que el caricaturista tenga un dominio absoluto del dibujo, porque esta habilidad mecánica es necesaria para plasmar la obra mediante trazos; pero hace falta en principio un genio artístico que llamaríamos selectivo para conseguir la abstracción justa. Y este camino, del abstraccionismo, exagerado, considerado como objeto o fin, es peligroso, y grotesco, que disgusta a Otaño. Para él, la perfección está en la parquedad, en la sobriedad.

La caricatura del que se ve por primera vez es siempre muy distinta al que obtiene el artista después de conocer al sujeto. Lo hemos comprobado varias veces en la labor de Otaño. Este signo fundamental señala qué parte de la caricatura recibe influencia del conocimiento psicológico del sujeto y el subconsciente sobre la participación de los contornos físicos del individuo caricaturizado. Y, claro, la caricatura ha sido siempre un elemento valioso de crítica.

Venezuela ha tenido caricaturistas de valía como Leo, Manuel, Eglá López, Alfa y Medo, por ejemplo, que han sabido dar la síntesis que ésa es labor de la caricatura, de la época de Venezuela que a ellos ha tocado vivir.

Acaso esta exposición que Otaño inaugura el sábado 5, en el "Pasapoga" constituya una magnífica contribución artística para señalar la nuestra.

De cualquier manera, se juzgue trascendente o no, el destino de Otaño era éste: el de sentarse a la vera del camino, sin molestar a nadie, y dejar constancia de rasgos humanos que transitan en la vida, no frente, sino junto a él...